

**Zeitschrift:** Hispanica Helvetica  
**Herausgeber:** Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos  
**Band:** 11 (1999)

**Artikel:** Luis de Góngora : Epistolario completo  
**Autor:** Carreira, Antonio / Lara, Antonio  
**Kapitel:** El epistolario de Góngora  
**DOI:** <https://doi.org/10.5169/seals-840908>

#### **Nutzungsbedingungen**

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

#### **Conditions d'utilisation**

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

#### **Terms of use**

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

**Download PDF:** 05.01.2026

**ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>**

## EL EPISTOLARIO DE GÓNGORA

Entre los epistolarios áureos, como es bien sabido, destacan el de Lope de Vega, con más de quinientas cartas, el de santa Teresa, con cerca de ese número, y el de Quevedo, con no menos de doscientas, los tres repletos de noticias muy varias y útiles tanto para el conocimiento de los autores como de su época. Hemos de entender aquí por epistolario las cartas enviadas por los remitentes a sus correspondientes, no las respuestas, perdidas en su mayor parte. Esta carencia dificulta la comprensión de los asuntos tratados, cuyo hipotexto, o caudal de datos consabidos, solo a veces podemos adivinar. Al mismo tiempo, sucede que las cartas de Lope de Vega, tan sabrosas en muchos sentidos, son algo monocordes a causa de la personalidad de su destinatario, el duque de Sesa, a quien el poeta servía en todo tipo de negocios siempre desde el plano de criado obsecuente; aun así, el epistolario entre ambos puede considerarse «breviario de amor, gaceta de sucesos, diario íntimo y cátedra de prudentes advertimientos».<sup>1</sup> El de Quevedo muestra mayor variedad de registros, desde el muy literario de las epístolas a Lipsio, el marqués de Velada o «Lucilio», el más neutro de las cartas dirigidas a los duques de Osuna y Medinaceli sobre asuntos de estado, hasta el más familiar de las últimas cuyos destinatarios son sus amigos don Sancho de Sandoval y don Francisco de Oviedo. En palabras de Raimundo Lida,

---

<sup>1</sup> A. G. de Amezúa, *Lope de Vega en sus cartas* (Madrid, 1935), I, p. 190.

A los mismos umbrales de la muerte llegan, pues, estas cartas. Y todo Quevedo —salvo el extraordinario Quevedo de la poesía amorosa— aparece en esas páginas ocasionales con presencia violentísima. Ahí lo tenemos, despectativo y cínico, y envuelto sin embargo en la llamada y llamarada del mundo. Ahí su entrega frenética a la acción, y sus crisis de soledad y desamparo; ahí su sencillez cordial, su soberbia y adulonería, su sonrisa bronca y su carcajada, su gravedad de asceta y sus lamentaciones de herido, su ciencia y su sofistería polémica.<sup>2</sup>

Son estas cartas íntimas las más cercanas a las 124 que se conservan de Góngora, aquí también, como en su obra de creación, mucho menos prolífico que Lope o Quevedo. Si se exceptúan dos o tres de compromiso, entre ellas la célebre respuesta al anónimo recibido sobre las *Soledades*, Góngora parece haberse servido de la carta fundamentalmente para atender a sus dificultades pecuniarias, al tiempo que mantenía desde Madrid una relación con personas de su entorno cordobés en la última década de su vida.<sup>3</sup> Esta escasa o nula importancia literaria concedida por Góngora a sus cartas las aleja claramente del género epistolar y les otorga el valor añadido de la espontaneidad, que como las de santa Teresa poseen en alto grado.<sup>4</sup> Góngora escribe primero con buenos modales, hasta que las cosas se complican y dejan paso a cierta irritación hacia su amigo Cristóbal de Heredia o hacia sus sobrinos, tanto más vehemente cuanto que nace del afecto mal correspondido. Eso nos permite escuchar al Góngora coloquial, autocrítico y zumbón, que deja caer aquí y allí, con la frescura y abundancia de la conversación entre amigos, todo tipo de conceptos. Apenas hay en este epistolario, a diferencia del quevediano, frases que se repiten de una carta a otra, o

---

<sup>2</sup> “Cartas de Quevedo”, en *Letras hispánicas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1958), pp. 122-123.

<sup>3</sup> La nº 26, donde se entremezclan el interés y la ternura, hizo deploar a Dámaso Alonso la pérdida de otras asimismo dirigidas por el poeta a sus familiares, aludidas en las núms. 22, 83, 111 y 115.

<sup>4</sup> Como también las de José Martí. Cf. el espléndido ensayo que les dedica Unamuno, *Obras completas*, ed. de M. García Blanco (Madrid: Afrodisio Aguado, 1958), VIII, pp. 578-584.

expresiones que transmigran a poemas o proceden de ellos, al menos con el mismo sentido. Góngora escribe a personas ajenas a la literatura y a la ambición política, atentas a su medro personal, sus cosechas y ganados, curiosas, si acaso, de los chismorreos cortesanos, a pesar de lo cual han sabido conservar aquellas cartas bajo cuyo asunto machaconamente crematístico adivinaban algo valioso:

El epistolario de Góngora tiene, casi, un solo tema: dinero, el poeta necesita dinero. El cansancio que esta monotemática podría causar al lector está contrarrestado por las infinitas maneras de proponerlo, la rica variedad conceptual y verbal de los argumentos mendicantes, la cantidad de alusiones, dichos, juegos de palabra, imágenes y metaforía que el autor cambia constantemente, y las noticias de la corte y de los conocidos, con que él intenta hacer soportables tantas y tan reiteradas súplicas a sus correspondientes.

Así resumía Dámaso Alonso el valor y la originalidad de estos documentos.<sup>5</sup> Siendo estrictamente certero su juicio, omite otros aspectos de interés, como datos personales que de otra forma no conoceríamos en un lírico poco dado a expansiones subjetivas; en primer lugar, su culto a la amistad, que, junto con el constante buen humor, desmiente su fama de hurao:

Préciome de muy amigo de los míos (nº 1).

Soy más agradecido que quiñón de tierra que tiene la mejor campiña de ese obispado (nº 5).

Merecio de buen monacillo de mis amigos (nº 9).

Expresiones que culminan ante el infortunio de sus allegados: el proceso y muerte de don Rodrigo Calderón: «Desdichado marqués...: Hame lastimado su miseria, como quien experimentó su regalo; y, como agradecido a él, quisiera que hobiera vivido más inocente que privado o favorecido, pues

---

<sup>5</sup> *Góngora y el Polifemo*, II. *Antología de Góngora, comentada y anotada* (Madrid: Gredos, quinta ed., 1967), p. 271.

agora ninguna señal le queda de los títulos y muchas de los cordeles» (nº 35). El asesinato de Villamediana: «Mi desgracia ha llegado a lo sumo con la desdichada muerte de nuestro conde de Villamediana, de que doy a vuesa merced el pésame... Mire vuesa merced si tengo razón de huir de mí, cuanto más deste lugar donde a hierro he perdido dos amigos» (nº 99). Y al fin, después de tantos enfados, la pérdida de Heredia, «cuya muerte he sentido como de un hermano, que en el mismo grado lo estimaba» (nº 123).<sup>6</sup>

De igual manera, confiesa el poeta sus propias flaquezas:

Digo esto para que me tenga vuesa merced por más teólogo que jugador del hombre (nº 20).

Soy poltrón, no puedo negarlo, ni arrepentirme, que es lo peor (nº 27).

Soy tan haragán... (nº 70).

Debo muchos maravedís, no, por el Sacramento Santísimo, jugados ni mal expendidos (nº 79).

Frases que es preciso contrastar con la afirmación de su oficio poético:

... Siendo lance forzoso venerar que nuestra lengua a costa de mi trabajo haya llegado a la perfección y alteza de la latina... Que el mundo está satisfecho que los años de estudio que he gastado en varias lenguas han aprovechado algo a mi corto talento (nº 1).

También se muestra poco optimista, no tanto por creerse desdichado como por su escasa habilidad en resolver problemas prácticos:

... La gracia que yo dudo por ser en favor mío (nº 6).

Tengo tanto desengaño de mi corta fortuna, que no solo prevengo el consuelo, mas salgo a recibir la desgracia (10).

---

<sup>6</sup> A la muerte de don Rodrigo Calderón dedicó dos sonetos (núms. 358 y 359 en *Obras completas*, I, ed. de A. Carreira, Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 2000) y una décima (nº 364). A la misma, junto con la de los condes de Villamediana y de Lemos, un soneto (nº 375); y a la de Villamediana solo, una octava en que se burla del doctor Collado, amigo suyo (nº 376). La muerte de Heredia no parece haber dejado huella en su poesía: a los dos meses, Góngora sufrió un ataque cerebral del que apenas llegó a reponerse.

Pero por encima de todo ello sobrenada el espíritu epicúreo de alguien cuya máxima preocupación es la falta de dinero, y a quien gustan la buena mesa y otros refinamientos:

Sírvase de mandar se me compren a cuenta de mis alimentos cuatro arrobas de azahar seco, digo de lo ya tostado en las alquitaras, con que nos solemos tomar baños (nº 60).

Así lo vemos agradecer unas anguilas, que paga enviando conserva de calabaza, o solicitar cebollas y alcaparras (nº 3). En otras ocasiones pide aceitunas (núms. 85, 103, 110), chocolate (107) o bellotas (108).<sup>7</sup>

De todas maneras, lo que más llama la atención en esta correspondencia es el portentoso manejo de lengua por parte de alguien que suele escribir con prisas y aparentemente sin borrador previo. Las expresiones populares brotan de su pluma con la misma naturalidad que en las letrillas, aunque distintas, pues si en estas predominan los refranes, en las cartas campenan las frases hechas y los símiles domésticos:

Rodando viene el dado, aguardemos lo que pinta (nº 11).

Los mil y setecientos y cuarenta y tantos reales que montan las dos partidas, como cayeron sobre tres meses de vacío, han hecho lo que el agua sobre el arena (nº 12).

<sup>7</sup> Asunto que sí se reitera en varios poemas: soneto «a un fraile francisco, en agradecimiento de una caja de jalea» (nº 181 en la ed. cit.); décimas «a una monja, enviándole un menudo y un cuarto de ternera» (nº 187), «a dos monjas, enviándoles una cesta de ciruelas» (nº 226), «enviando dos conejos a una monja parienta suya» (nº 227), «A otra monja que le había pedido unas castañas y batatas» (nº 245), en agradecimiento «de unas empanadas de un jabalí que mató el marqués del Carpio» (nº 262); soneto «a fray Esteban Izquierdo, fraile francisco, en agradecimiento de una bota de agua de azahar y unas pasas» (nº 320), otro «al doctor Narbona, pidiéndole unos albarcoques que había ofrecido enviarle desde Toledo» (nº 337); de nuevo una décima «a don Antonio Chacón, que desde Colmenar Viejo le había enviado un requesón» (nº 366), y otra más en que reclama una empanada de capón al conde de Villalba (nº 405).

Dé gracias a Dios vuesa merced, que tiene tan lucida hacienda, y tan desviada de este golfo de pesadumbres. Invidio su quietud y acuérdome de ella como tercianario de fuente o arroyo (nº 17).

Mal se sopla el fuego la boca llena de agua (nº 43).

Hacia atrás caminamos, como el gámbaro, si no es que torcemos sogas reculando (nº 50).

Ruegue a Dios haya caído sollo en la red (nº 75).

Estoy seguro, gracias sean dadas a Dios, que no volveremos los puños llenos de aire (nº 75).

Quiebre vuesa merced el ojo a la invidia (nº 85).

Amigos: moradico lo quiere la perra, o negro como ella (nº 85).

El obispo de Ugento comerá piedras, cuanto más perniles trasañejos (nº 95).

No escribo esto con artificio de que parezca que pido la yegua amenazando de matar el potro (nº 96).

No debe de conocer vuesa merced quién es Armuña, su deán. Crea que es ganga tan dura de pelar como de comer (nº 98).

Ahora, señor, tomo la pluma por no tomar una soga que acabe con todo y deje descansar a vuesa merced de mis pesadumbres (nº 105).

Vuesa merced... besé las manos de mi parte a mi señora doña Francisca y le acuerde no sé qué cosquillas tuvo su merced de inviarme aceitunas y pomos de agua, si ya no fueron votos de enferma, que, en sanando, olvida el cumplimiento (nº 110).

... Si no lo tienen alterado los ocho días que meé por alambique (nº 111).

Uno y otro juega conmigo a la gallina ciega, que los siento y no acabo de abrazallos (nº 113).

A don Luis de Saavedra no irrite vuesa merced ahora hasta que placiendo a Dios llegue yo a Córdoba, que dará con los huevos en la ceniza (nº 113).

Mi sobrino está de manera que temo hallarlo tan encogido de hombros, que sean arracadas de las orejas (nº 117).

Estoy como la picaza, que ni vuela ni anda (nº 118).

Sé que no me ha de dejar perecer en los Cachopos de Lisboa (nº 119).<sup>8</sup>

Cristóbal de Heredia, administrador de sus alimentos, era clérigo. Góngora, en cartas distendidas, se permite irreverencias como empezar con esta fórmula: «Padre nuestro» (nº 88), o insertar argumentos litúrgicos para pedir unas aceitunas: «Por vida de vuesa merced, que me solicite algunas rayadas que he prometido, y si han quedado algunas moradas de la estampa picanesca, *venite adoremus*» (nº 85); «Las alcaparras llegarán a buen tiempo y a mejor las aceitunas, si son moradas y negras. Suplico a vuesa merced no me niegue estas colores, que son las más eclesiásticas de la iglesia de Dios» (nº 103). Lo aconseja respecto a una canonjía mediante una metáfora clerical: «Tome la bula que se publica; mire que se ha de arrepentir, después, de no haber conseguido las indulgencias» (nº 86). Asimismo, echa mano de una referencia bíblica para agradecer un socorro: «Guardé Dios a vuesa merced, que invió el cuervo, si bien no más que con medio pan, como a san Pablo» (nº 89). Y se sirve de otra para elogiar la actividad constructora del obispo de Córdoba, su amigo: «El señor obispo me pesa que no tenga muy colmados frutos, porque a quien los gasta como su ilustrísima es razón que se los deseemos sobradísimos; tan contrario al demonio en sus demandas que pide le convierta el pan en piedras, y tales como imagino serán las del retablo» (nº 23). De base monacal es la imagen usada para designar ciertos caudales ocultos en casa de don Rodrigo Calderón: «Las cosas de Siete Iglesias tienen peor figura cada día. Descúbrese riqueza grande escondida y alguna que no se contentó con ser religiosa sino repitió para emparedada, y no le

<sup>8</sup> Referencia aclarada por Dámaso Alonso: los Cachopos son los bajíos que hay en la barra del Tajo (“Los Cachopos de Lisboa”, *Obras completas*, VI, Madrid: Gredos, 1982, pp. 303-310).

valió» (nº 18), e igual origen tiene la que aplica a las cartas mismas escribiendo a su hermana: «Mucho entretiene un locutorio de papel a los ausentes» (nº 26).

Las cartas a Heredia abundan en juegos de palabras en todos los tonos posibles, aunque tampoco faltan en las dirigidas al amigo de ambos, don Francisco de Corral, habitual abogado ante Heredia en lo que Góngora denomina sus desórdenes mendicantes: «Con lo de allá yo no sé qué camino tomar, y crea vuesa merced que, a no estar tan empeñada la honra en la pretensión de mi sobrina, que tomara el de Córdoba como más saludable» (nº 10), propósito muy reiterado que solo cumplirá forzado por la enfermedad. «El poder que he tenido de cincuenta mil maravedís creo que ha de ser papasal, y, con todo, lo reverencio por lo que tiene de papar, aunque sea salado» (nº 19), situación que se va haciendo más seria en años sucesivos y llega al extremo en la nº 111. «Suplico a vuesa merced haga con el amigo ensanche los alimentos de aquí a octubre, que seiscientos ha diecinueve años que pasó» (nº 35), dice jugando con la fecha de la carta y los 600 reales de su mensualidad. «Compongamos estos mis pobres alimentos de manera que pueda yo comer, aunque nunca cene» (nº 42), bromea en otra ocasión. Pero Heredia cierra la bolsa, y el pupilo se queja al intermediario: «Los Heredias tienen poco deudo con el adelantado» (nº 67); otras veces promete y no cumple: «Vuesa merced va crastinando lo que manda de manera que pienso vuelva algún cuervo» (nº 95), le reprocha con elegante retruécano. En carta a Paravicino, de viaje por Córdoba, apunta al remedio de sus aprietos con zeugma dilógico basado en la deixis: «Es buen testigo vuestra reverendísima de esta verdad y de las deudas que tengo en este lugar, que si las que tengo en ese no me valen saldré vergonzosamente huyendo» (nº 107).

Al comentar hechos de la corte, asoma la ironía propia de quien ve las cosas desde fuera, aun estando dentro: «Al rey tenemos sangrado en

Casarrubios; no dicen que es considerable la enfermedad, si bien los principes desde el día que enferman están mejores hasta el día que los entierran» (nº 30). Todavía en época de Felipe III, se permite una crítica, burlona y exenta de amargura, respecto a alguna medida política: «Ya se va remedian-  
do todo, que lo azul se ha vuelto a pregonar con doscientos ducados de pena, y un jubileo plenísimo se publicará el domingo, en que Su Santidad, Dios le guarde, pidiéndole dineros para Alemania, concedió indulgencias, que es la moneda que mejor puede hacer la guerra contra herejes» (nº 37). Con el joven Felipe IV renacen las esperanzas de los catarriberas, mientras el rey se dedica a las cacerías: «Su Majestad... estará todo este mes a la brama, y bramarán en el ínterin cuantos quedan pendientes y creían salieran sus mercedes y gracias antes de la partida» (nº 73).

Son escasas las citas textuales en un epistolario, como se ha dicho, donde la literatura apenas aflora: «Sírvase vuesa merced de saber de nuestro amigo qué tengo yo de rediezmos de diez años a esta parte, que serán de provecho para quien le crece la barriga y se le acorta el vestir» (nº 24), donde se acomodan muy a propósito los versos que dice la moza en el romance viejo «Tiempo es el caballero», ya que a Góngora le aumentan los apuros como a ella la barriga.<sup>9</sup> Otras citas proceden de Garcilaso, incluso con mención explícita: «No quiero escribille [a Heredia] por que no se vaya la pluma por do el dolor la guía, que sin duda será por esos trigos de Dios, y no será mal camino para hallarlo según está labrador» (nº 42), con referencia al arranque del soneto 32: «Mi lengua va por do el dolor la guía». «Mire vuesa merced cuál estaré yo en Madrid, manteniendo los ojos de pintura, como dice Garcilaso» (nº 56), en el verso 1327 de la segunda égloga. «A gaceta se va su paso a paso» (nº 63), comenta, adaptando el verso 23 de la segunda elegía: «que a sátira me voy mi paso a paso». Nada de extraño en quien sabía

<sup>9</sup> *Cancionero de romances* (Anvers, 1550), ed. de A. Rodríguez Moñino (Madrid: Castalia, 1967), p. 319.

de memoria muchos versos del toledano, y al que recordó en varias composiciones.

Tampoco sorprende que símiles, metáforas y conceptos de toda índole sean la salsa que adoba el epistolario. Tan natural es para Góngora emplear tales figuras, que a veces debe desecharlas por importunas: «Hacienda de poco ánimo o amigo de poca voluntad: áncoras sobre áncoras ha de tener este navío, y tan gastado de la bruma que temo zozobrar en el puerto; espero en Dios que he de vencer el golfo y llegar a salvamento. Salgamos del marinaje y escribamos sin metáforas: no se excuse vuesa merced con ellas» (nº 57), dice, con cierta acritud, al muy prosaico Heredia. Algo después se aplaca y adopta otra imagen más humilde: «Tengo a vuesa merced, con quien estoy comiendo en un plato, y ojalá fuera ello así, que no estoy sino debajo de su mesa de vuesa merced, comiendo sus meajas y pidiendo ahora que deje caer una rebanada de pan siquiera»; imagen que recuerda la usada años antes: «Para mí sóbranme los salvados de Cristóbal, pues me niega la harina» (nº 10), y enlaza con otras también de sabor campesino dirigidas a su amigo Corral: «Vuesa merced, que tiene molinos, sabe que no come el molinero del ruido de la cítola sino del trigo de la tolva» (nº 9); «Dudosa está la jornada de Andalucía. Yo deseo que no se haga... y así holgara excusarlo hasta ver pasada esta nube, que por fuerza ha de apedrear mi viña» (nº 21), donde expresa su temor de que el rey y su séquito pasen por Córdoba.

El ingenio desplegado para calificar o ablandar la dureza de Heredia es enorme: «Esto me acumula Cristóbal en nombre suyo y de su tío, y quiere que los azotes que merezco por todas estas culpas se me den en la barriga» (nº 9), dice de su amigo, a quien acusa de sitiarlo por hambre, como a Bredá, y así lo despidió en una de las últimas cartas: «Adiós, señor marqués Espínola» (nº 115). Hasta podría trazarse la etopeya de Heredia con los conceptos que le dedica: «Ya conoce vuesa merced a Cristóbal, que tiene

cara de grifo y cola de pavón. Denle término a su primer ímpetu, que después se hará ojos todo para ver las necesidades de sus amigos» (nº 19), dice aludiendo a la cola del pavo real, como en los tercetos de 1609<sup>10</sup>. «Vuesa merced anime a Cristóbal, que fío de su buen natural, que aunque dé corcovos al ponerle el pie en el estribo, caminará después con la seguridad que ha experimentado mi agradecimiento» (nº 48), imagen hípica que aplica en otra ocasión a la resistencia de las cortes («Los corcovos que da el reino sobre la concesión de millones», nº 6), y tiene derivaciones insospechadas: «Yo ando entre Cristóbal de Saavedra y don Luis de Heredia, tan mal tratado de ambos, que les he trocado los frenos» (nº 50), dice con guasa refiriéndose a su sobrino Luis de Saavedra y a Heredia. Y en una despedida indirecta: «A nuestro Cristóbal beso las manos, y que tenga esta por suya, del copete a la cincha» (nº 49). «La libranza de los mil reales suplico a vuesa merced la aceté nuestro amigo —escribe al «istmo entre dos mares», don Francisco de Corral—, a quien deseo muchas prosperidades, por que entre tantas cabezas de ganado disimule con una oveja perdida que corre por su cuenta» (nº 30). Y a Heredia, directamente le espeta: «Vuesa merced me trae arrastrado y de manera que, en cuanto por flaco no me despachaba en la carnicería, tomara ser buey de vuesa merced y no pupilo» (nº 40). Pero cuando pierde del todo la paciencia, desahoga con Corral sus pujos de ruptura: «Al fin, señor mío, se dignó nuestro amigo de socorrerme, aunque tan cortamente, que estoy en la misma necesidad que antes. No sé qué distilaciones son estas. Creo que es lo mejor de todo romper los alambiques y desconfiar de mi remedio por mano de quien tan por sus cabales quiere los amigos» (nº 53).

No es, sin embargo, Heredia el único que sale malparado en las imágenes: «Los dos hermanos Francisco y Juan de Arana... de su natural todos ellos son buenos cacareadores y malos ponedores de los huevos que les

<sup>10</sup> «Y no es mi intento a nadie dar enojos, / sino apelar al pájaro de Juno: / gastar quiero de hoy más plumas con ojos, / y mirar lo que escribo» (nº 202, ed. cit.).

piden» (nº 40). «Flores huele mejor después de ruciado» (nº 11), dice forjando un concepto con el estado del marqués, como en la letrilla que le dedica: «Aprended, Flores, en mí» (nº 370, ed. cit.).<sup>11</sup> «Novedades se esperan para los Reyes, porque la estrella de los magos ha de ser cometa para algunos» (nº 32), sentencia en diciembre de 1619, y el concepto reaparecerá, casi irreconocible, en el soneto «Menos solicitó veloz saeta» (nº 389, ed. cit.). Acaso el peor tratado sea el patriarca, al que Góngora hubo de ayudar en alguna ceremonia de la capilla real, y con quien mantuvo buena relación: «No he querido sacar el título de la cruzada porque al señor patriarca dicen le chapea la herradura» (nº 67); la metáfora parece más cruel de lo que es, porque sencillamente alude a que, con el cambio de régimen, a mediados de 1621, el patriarca era uno de los jerarcas mal situados por su vinculación con el equipo del duque de Lerma. Aun así, no deja de ser expresiva de la escasa consideración que se tenía con el personaje, también satirizado por Villamediana.<sup>12</sup>

De vez en cuando el estudiante salmantino vuelve por sus fueros: «Estos sucesos son como paréntesis, que no impiden la construcción, cuanto más el sentido, del periodo» (nº 9), imagen aplicada a las islas de un río en la primera versión de las *Soledades* y luego desechada.<sup>13</sup> Y, como

<sup>11</sup> Se trata de D. Pedro de Zúñiga, nombrado marqués de Flores de Ávila el 11 de abril de 1612. Fue primer caballerizo y gentilhombre de la cámara de Felipe III, alcaide del Pardo y de la Casa de Campo. En 1627 perteneció al Consejo de Estado. Murió el 21 de octubre de 1631.

<sup>12</sup> Don Diego de Guzmán, patriarca de las Indias, fue nombrado Comisario de la Cruzada el 12 de noviembre de 1619, cargo por el cual tuvo más relación con Góngora. A fines de julio de 1624 se le nombró arzobispo de Sevilla, sede a la que no se incorporó hasta noviembre de 1626, «muy contra su voluntad, porque sintió con grande estremo dejar la Corte y Palacio» (Jerónimo Gascón de Torquemada, *Gaceta y nuevas de la Corte de España desde el año 1600 en adelante*, ed. de A. de Ceballos, Madrid, 1991, p. 256). Murió en viaje por Italia el 21 de octubre de 1631. Para las sátiras de Villamediana, cf. *Poesía impresa completa*, ed. de J. F. Ruiz Casanova (Madrid: Cátedra, 1990), núms. 485, 521, 522, 590 y 591.

<sup>13</sup> Cf. la ed. de R. Jammes (Madrid: Castalia, 1994), p. 240: «En brazos dividido caudalosos / de islas, que paréntesis frondosos / al período son de su corriente».

siempre, el buen humor, vuelto sobre sí mismo, domina las contrariedades: «He alquilado casa que en el tamaño es dedal, y en el precio, de plata» (nº 25), comenta, acaso recordando a los orfebres cordobeses. «Haciendo estoy copiar tres o cuatro borrones que he hecho estos días: razonables, porque, como se ayuna, está más expedito el cerbelo» (nº 35), dice con sorna una de las pocas veces que menciona sus poemas, que aparecerán luego como melancólico recurso en las cartas núms. 115-117. «Otro calenturoncillo efímeral me he llevado estos días. Limpiéme dél como si lo tuviera en la bolsa» (nº 70), donde no se sabe si se ríe el indigente o el manirroto. «Estoy tan delicado sin duda de lomos que al bajarme a atar una cinta al zapato hizo sentimiento un hueso del espinazo y como los fríos son tan excesivos alquilaron el vacío y aun temí no lo tomasen de por vida, sigún han resistido a las bizmas» (nº 104), una de las pocas ocasiones en que refiere sus achaques. «Nieva de manera que no puedo escribir de frío, si bien es tolerable su inclemencia por haber confitado las inmundicias de las calles» (nº 106), lo que equivale a hacer de la necesidad virtud.

Hemos dejado sin tratar la parte de gaceta que contiene este epistolario, por ser de sobra conocida: rumores, nombramientos, privanzas, caídas en desgracia, jornadas reales, casamientos, enfermedades y muertes, noticias aderezadas con reticencias y chismes, entre las que destacan el proceso y muerte de don Rodrigo Calderón (cartas 13 y siguientes), las peripecias del duque de Osuna (nº 44 y siguientes), la desgracia del duque de Lerma (núms. 12, 47, 61, 63), y el asesinato de Villamediana (nº 99). Góngora, ya lo hemos apuntado, espera poco de los políticos y nada de la política; cuando toca estas materias lo hace con cierta desgana, para cumplir con sus correspondentes, y se siente tan poco gacetillero que es incapaz de escribir una carta extensa. No por casualidad su único poema áulico de algún aliento, el Panegírico al duque de Lerma, quedó sin terminar.

El epistolario de Góngora ha circulado hasta aquí plagado de errores y omisiones, según la calidad de los testimonios y el escrúpulo de sus editores. Nosotros, para las cartas núms. 4, 75, 77, 95, 96, 99 y 102-124, gracias a los buenos oficios de M<sup>a</sup> Dolores Vives, hemos podido manejar los autógrafos del poeta y los apógrafos de su amanuense reunidos en el ms. Angulo y Pulgar, de la biblioteca de don Bartolomé March, hoy en Palma de Mallorca, con lo que se han restaurado muchos pasajes mal leídos por Linares García o por el copista del XIX a quien siguió Foulché-Delbosc; alguna pequeña laguna subsiste donde el cosido del encuadernador oculta el final de una línea. La n<sup>º</sup> 100 fue publicada también a partir del autógrafo por Dámaso Alonso, a quien se debe asimismo edición paleográfica de la n<sup>º</sup> 4 y transcripción de la copia conservada en Córdoba de la n<sup>º</sup> 26. En la n<sup>º</sup> 1 damos el texto de nuestra edición crítica, citada en la bibliografía. La n<sup>º</sup> 55 fue transcrita por Eugenio de Ochoa. La n<sup>º</sup> 120, por Ramírez de Arellano. Para las restantes hemos tenido en cuenta los mss. más fidedignos, en especial el códice de Gerónimo del Pulgar y Sandoval, fechado en 1633 y perteneciente al Monasterio de Silos, cuyo bibliotecario nos facilitó su consulta. Han recuperado, así, extensos pasajes las cartas 36, 37, 38, 39, 40, 46, 47, 49, 60, 61, 62 y 64, y se han saneado las restantes. Nuestra numeración difiere algo de la de Millé por faltarle su carta n<sup>º</sup> 1, apócrifa, según demostró Dámaso Alonso. Y la que debería ser n<sup>º</sup> 105 (106 de Millé) ha pasado a ser la n<sup>º</sup> 112, una vez rectificada su fecha a vista del autógrafo.

A. C.

## BIBLIOGRAFÍA

### Ediciones

Ochoa, Eugenio de: *Epistolario español* (Madrid: Rivadeneyra, 1870), II, p. 60.

Linares García, Enrique: *Cartas y poesías inéditas de don Luis de Góngora y Argote*. Granada, 1892; xxiv + 117 pp.

Foulché-Delbosc, Raymond: «Vingt-six lettres de Góngora». *Revue Hispanique*, X (1903), pp. 184-225.

Góngora, Luis de: Obras poéticas, ed. de R. Foulché-Delbosc. New York: The Hispanic Society of America, 1921. Tomo III: *Epistolario*, pp. 157-282.

Ramírez de Arellano, Rafael: *Ensayo de un Catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba* (Madrid, 1922), I, p. 257.

Artigas, Miguel: «Cartas inéditas de don Luis de Góngora». En MA, *Don Luis de Góngora y Argote. Biografía y Estudio crítico* (Madrid, 1925), pp. 285-342.

Alonso, Dámaso: «Una carta inédita de Góngora». *Revista de Filología Española*, XIV (1927), pp. 431-438. Incluido en DA, *Estudios y Ensayos gongorinos* (Madrid: Gredos, 1960, 2<sup>a</sup> ed.), pp. 371-380.

Góngora, Luis de: *Obras completas*, ed. de J. e I. Millé y Giménez. Madrid: M. Aguilar, 1932, pp. 949-1126.

Alonso, Dámaso: «Del epistolario de Góngora. Carta a su hermana doña Francisca. Carta a don Francisco de Corral». Edición y comentario en DA, *Góngora y el Polifemo* (Madrid, 1967, 5<sup>a</sup> ed.), II, pp. 267-281.

—«La carta autógrafa más antigua que conservamos de Góngora (edición y comentario)». AA.VV., *Homenaje a Emilio Gómez Orbaneja* (Madrid, 1977), pp. 35-54.

Carreira, Antonio: «La controversia en torno a las *Soledades*. Un parecer desconocido, y edición crítica de las primeras cartas». AA.VV., *Hommage à Robert Jammes*, ed. de F. Cerdan (Toulouse, 1994), I, pp. 151-171. Incluido en AC, *Gongoremas* (Barcelona: Península, 1998), pp. 239-266.

Góngora, Luis de: Obras completas, ed. de A. Carreira. Vol. II: *Teatro. Epistolario*. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 2000.

**Estudios**

Alonso, Dámaso: «Una carta mal atribuida a Góngora». *Revista de Filología Española*, XXXIX (1955), pp. 1-23. Incluido en DA, *Estudios y Ensayos gongorinos* (Madrid: Gredos, 1960, 2<sup>a</sup> ed.), pp. 381-405.

Solís, E.: «Don Luis de Góngora a través de su epistolario». *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, XXVII (1956), pp. 77-79.

Blecua, José Manuel: «Para una edición crítica del Epistolario de Góngora. Un nuevo códice». *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 280-282 (1973), pp. 487-498.

Alonso, Dámaso: «Los Cachopos de Lisboa». En DA, *Obras completas*, VI: *Góngora y el gongorismo*, II (Madrid: Gredos, 1982), pp. 303-310.

Favero, María Teresa: «Góngora in prosa: prospettiva dall'epistolario». *Annali*, XXVII (Napoli, 1985), pp. 407-418.